

La Versión de la A. A. A.

por Sebastián Salazar Bondy

Hay más de una adaptación teatral del cuaderno íntimo de la pequeña Ana y no sé si la que ha elegido la A.A.A. es la mejor. El trasiego de un texto en primera persona y de carácter absolutamente subjetivo y confidencial a la escena—que, en esencia, es una objetivación—plantea el problema de incluir en el tablado un narrador, alguien que asuma el papel de vínculo o conducto entre el espectador—que acude a ver y oír—y los intérpretes que son terceras personas que encarnan un relato, no que lo emiten. En fin, la adaptación de novelas al drama escénico o cinematográfico es en nuestros días cosa corriente, aunque no siempre este traslado sea fiel a los propósitos originales, y en tal sentido—como lo demuestra, por ejemplo, “El proceso” de Kafka, convertido en acción por André Guide y Jean-Louis Barrault—el resultado de la operación es casi siempre un comentario. La voz de la protagonista de este “Diario” es el hilo central de la historia que la A.A.A. ha revivido en Lima en su tablado del Jirón Ica. Todo lo demás es una ilustración del conflicto, que ocurre fundamentalmente en el alma de la trágica criatura perseguida y asesinada por el nazismo.

Importa, en primer término, decir que la fuerza del texto, no obstante la elaboración de que ha sido objeto con el fin de hacerlo dramático (dramático en la acepción de acción), se impone directamente sobre la sensibilidad del espectador. La interioridad de Ana no es simple, pues su madurez mental sobrepasa los niveles normales. A más de esta singularidad, la chica es colocada en ese punto que los psicólogos han llamado “situación-límite”, donde los instrumentos personales de cualquier ser son enervados, obligados a definirse. No se trata,

en suma, de un suceso frecuente. El heroísmo casi siempre está incluso en el mito. Aquí, no: sabemos bien que Ana vivió esa triste historia, y que la vivió hace aproximadamente una década. Como quien dice a-



Sonia Seminario

yer... La intérprete, entonces tiene una misión muy grave que cumplir, ya que le exigimos tácitamente que sea verosímil, que recree verdicamente ese personaje que cualquiera pudo muy bien conocer. Sonia Seminario, la buena actriz que tantos excelentes trabajos nos ha brindado (recordemos “El zoológico de cristal”, “La voz de la tórtola”, “Noche de reyes” etc.), ha sorteado el problema, pero no la ha resuelto. Más de una vez ha revestido de adulterez acre, de dureza, lo que en la niña fue posiblemente estupor y desesperación. Sin embargo, hay momentos en que su lirismo se desborda con encanto: los diálogos con Peter, en especial aquel en que anuncia el amor. La impresión es que la línea del personaje no es fluida y secuente, sino quebrada.

Ana Frank no es, no puede ser solemne, puesto que su condición básica es la naturalidad, la humanidad (demasiado humana, la ha llamado este cronista en el artículo anterior), y en verdad—y esto habrá que atribuirlo a la dirección, que en todo el resto, ha trabajado con esa precisión, justeza y soltura que es habitual en Ricardo Roca Rey—la voz que narra, uniforme y clara, tersa y fría, pertenece a una personalidad psicológica grandilocuente, distinta a la de la interpretación activa y visible. La Ana que escuchamos en el “raconto” es diferente a la Ana que vemos y oímos en el tablado. Precisemos que tal inarmonía no afecta radicalmente el espectáculo, cuyo mensaje nos alcanza hondamente. Esto se debe a la unidad del conjunto de la A.A.A., a su sinceridad expresiva, a su entrega colectiva al logro de ese clima terrible y sin truculencias que determina el encierro de aquellos judíos en un desván de Amsterdam durante la ocupación alemana. Los actores (en especial Pablo Fernández y Guillermo Nieto) dan plenamente lo que la obra contiene.

Pero el éxito que en el mundo entero ha tenido el “Diario” de Ana Frank está por encima de consideraciones intelectuales y literarias: es un llamado a la toma de conciencia que requiere la humanidad para salir limpia del trance destructivo en que todavía se halla, del suicidio a que se encamina. Y aquí Sonia Seminario, como en otros lugares otras jóvenes actrices cumple con ofrecernos el alma desgarrada de un ángel que acusa y perdona, es decir, que no pierde la esperanza. A la A.A.A., que celebra con este patético documento sus veinte años de vida, hay que agradecer esta nueva manifestación de arte.